

KARMEL



ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA - ZONA SUR



Boletín No. 5
Edición
Especial
Julio 2021

**“El Carmelo
es todo de María”**

SUMARIO



EDITORIAL

1

ESPIRITUALIDAD MARIANA

3

**EL ESCAPULARIO DEL CARMEN: SIGNO DE
CONSAGRACIÓN Y SERVICIO**

5

DÉJAME MIRARTE, MARÍA

7

**EL PASO DE MARÍA POR MI VIDA:
TESTIMONIOS**

9

**EXPERIENCIA MARIANA EN LOS SANTOS
DEL CARMELO**

13

PÍLDORAS CARMELITANAS

15



¿Por qué María es tan importante en la Orden de Carmelitas Descalzos?



La fiesta de la Virgen del Carmen es una celebración no solo de los Carmelitas Descalzos, sino de la Iglesia universal y es una de las advocaciones que se ha hecho parte fundamental de la fe y religiosidad del pueblo colombiano, pero detrás de todo esto cabe preguntarnos: **¿Por qué María es tan importante en la Orden de Carmelitas Descalzos?**

Entonces tenemos que remontarnos al mismo origen de las promesas de Dios; cuando nos promete un Mesías salvador, un Rey que vendrá a imponer justicia y unirá los pueblos de la tierra y que en boca del profeta Isaías se concreta diciendo *“Miren: la virgen está encinta y dará a luz un hijo”* (Is 7,10-14).

Dicha promesa alimentó las esperanzas del pueblo elegido y se hará realidad muchos años más tarde cuando Dios, en su infinita misericordia y desbordado de amor por el ser humano, envió a un ángel a la ciudad de Galilea, a un pueblo llamado Nazaret, para que visitara a la escogida: una mujer virgen, de corazón limpio, de fe inquebrantable, de oración profunda y confianza absoluta en Dios.

La escogida por Dios es María, porque vio en ella una **joven humilde; la sencilla mujer** que ante la presencia del ángel Gabriel solo se postra en adoración diciendo: *“He aquí la esclava del Señor”*. Es decir: la pequeña, la servidora fiel, aquella que es capaz de dar la vida por su Señor. Desde entonces es la Nueva Arca de la Alianza, Sagrario vivo: **“Una vez más, María aparece como la tienda viva de Dios, en la que Él quiere habitar de un modo nuevo en medio de los hombres”¹.**

Esta promesa cumplida en María llega a su plenitud cuando, una noche en Belén, los ángeles de Dios

cantan “Gloria”, que como trompetas anunciaban el nacimiento de nuestro Salvador. Entonces María se convierte en la Theotokos, es decir Madre de Dios, y también en modelo de la Iglesia, como nos lo propone la **Exhortación Apostólica Marialis Cultus de S.S. Pablo VI, en el número 35:** *“Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles, no precisamente por el tipo de vida que ella llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida, Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio: porque, es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo, lo cual tiene valor universal y permanente”*.

De María nace nuestro salvador Jesús, quien muere en la cruz, y como testamento nos ha dejado el mejor regalo, su Madre: *“... mujer, ahí tienes a tu hijo. Luego dijo al discípulo: ahí tienes a tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”*.

Entonces, siendo Madre y modelo de la Iglesia, se convirtió en inspiración para un grupo de hombres, en las laderas de la cordillera del Carmelo, que en el pasado iniciaran un camino de oración y contemplación, donde empezó a sentirse el amor y la compañía de la Virgen.

De este pequeño grupo de hermanos, reunidos junto a la gruta del profeta Elías, **nacerá lo que hoy es la Orden de los Carmelitas,** porque allí les acompañaba la que simplemente llamaban Nuestra Señora del Lugar, dando origen más tarde a la advocación de Nuestra Señora del Monte Carmelo.

Desde entonces nace la Orden Carmelitana, conformada por religiosas de clausura, frailes, seglares y laicos, peregrinando en este mundo con el firme deseo de seguir a Jesús, bajo la imitación de la Virgen.



Siendo hermanos e hijos de María nos comprometemos, al igual que Ella, a vivir el silencio, la abnegación en el camino de la fe, la entrega de alma y cuerpo a la escucha y contemplación de las palabras del Señor, desde una experiencia fuerte de oración.

La fecundidad de nuestra familia religiosa se hace palpable con la santidad que ha acompañado el devenir de la historia. Muestra de ello es Santa Teresa de Jesús, nuestra madre fundadora, una mujer enamorada de Jesús y de María, que nos dice en las Terceras Moradas 1,3: “No tengo otro remedio sino confiar en los méritos del Hijo y de la Virgen, Madre suya, cuyo hábito indignamente

traigo... alabadle hijas mías, que lo sois de esta Señora verdaderamente... imitadla y considerad qué tal debe ser la grandeza de esta Señora y el bien de tenerla por patrona”.

Ese es el ideal de Teresa: seguir a Jesús, bajo la imitación de las virtudes de nuestra Madre del Carmelo, que desde la vivencia evangélica nos invitan a vivir en pobreza, castidad y obediencia, en una vida de oración, contemplación, fraternidad y apostolado.

Para San Juan de la Cruz, María fue siempre dócil a los impulsos del Espíritu Santo, pues "nunca tuvo en su alma impresa forma alguna de criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (3 Subida 2,10). María, que "guardaba todas las cosas y las meditaba en su corazón" (Lc 2,19), y que vivió siempre unida en la fe y el amor con Cristo su Hijo, es modelo e ideal evangélico para todos los carmelitas.

María es del Carmelo y el Carmelo es todo de María, porque en este caminar terreno tenemos su Escapulario como signo de protección y entrega; porque al tomarla Santa Teresa como Madre adoptiva se convierte en Madre de todos los carmelitas.

Por eso, **al igual que el discípulo amado la hemos traído a nuestra Orden, a nuestras casas, a nuestra intimidad, a nuestro corazón y Ella también se quedó con nosotros para interceder cada día por nuestras necesidades y nos ha dejado como prenda de su amor y de su presencia el Santo Escapulario.**

Gracias al Escapulario somos miembros del cuerpo místico del Carmelo y participamos de la consagración comunitaria de la Orden a la Virgen del Carmen que es su Cabeza, Madre y Protectora.

¹ Benedicto XVI. La Infancia de Jesús, pág.36

Fray Jorge Luis Mendoza Corvis, OCD
Asistente espiritual para la OCDS Zona Sur
Provincia Santa Teresita del Niño Jesús de Colombia

Espiritualidad Mariana

Padre Hernando Uribe Carvajal, OCD
Monticelo Casa de Espiritualidad, Medellín

Cuando leo las Bodas de Caná de Juan 2, me maravilla hasta el delirio el papel de María. Asiste con el único fin de que todo salga bien y por eso se dedica a observar cómo transcurre la fiesta. Tan pronto se da cuenta de un percance, interviene con la seguridad de encontrar solución.

Ante la respuesta desairada de su Hijo, Ella, conservando su serenidad, dice a los sirvientes: "Hagan lo que Él les diga". Al ir donde Jesús, Él pregunta quién los envió, y al saber que es su Madre, siente que está recibiendo una orden y actúa de inmediato. Y el derroche de vino de aquella fiesta es llamado por Ratzinger: "La sobreabundancia del amor". **María determinó el comienzo de la vida pública de Jesús.**



En la Anunciación, el ángel dice a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc 1,35), de modo que todo lo que acontece en María es obra del Espíritu Santo. San Juan de la Cruz hace el siguiente comentario: "Tales eran las (obras) de la gloriosísima Virgen, Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo (Subida III, 2,10). De modo que **María es el modelo de cómo hacer de la vida entera una obra de espiritualidad.** El mayor elogio que un teólogo y un místico ha podido hacer de la Virgen María.

Una mujer grita delirante: "Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron". Y ante la respuesta de Jesús: "Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lc 11, 27-28), quedan en limpio dos cosas: Una, la mujer que grita está participando de esa dicha porque está escuchando a Jesús. Dos, **María es el prototipo de la persona que escucha la Palabra de Dios y la guarda.** Ha vivido su vida entera en su total familiaridad hasta su muerte y resurrección.

El creyente tiene en este texto una iluminación maravillosa. **Cómo cultivarme asiduamente para estar en condiciones de escuchar la palabra de Dios en cada acontecimiento de la vida cotidiana y dejarme guiar por Ella.** Quien así lo hace es, a semejanza de María, de asombrosa espiritualidad.

Santa Teresa tiene una confesión de elocuencia soberana al referirse a la Virgen María. Escribe: “Acuérdome que cuando murió mi madre quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fui a una imagen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido; porque conocidamente he hallado a esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado a ella y, en fin, me ha tornado a sí” (Vida 1,7). No puede haber más ternura, más admiración y más gratitud en un ser humano. Es un orgullo ser hijos de Santa Teresa de Jesús.

Santa Teresita del Niño Jesús vivió la orfandad cuatro veces. La orfandad de su mamá natural al irse con una nodriza, que se convirtió en su mamá. Al año regresa donde su mamá natural. Segunda orfandad: su mamá natural muere. Tercera: toma a su hermana Paulina como mamá, que al poco se va para el convento. Cuarta orfandad: del traumatismo de orfandad, casi mortal, fue curada por la Virgen María.

Escribe Santa Teresita en “Historia de un Alma”: “De repente, la Santísima Virgen me pareció hermosa, tan hermosa, que yo nunca había visto nada tan bello. Su rostro respiraba una bondad y una ternura inefables. Pero lo que me caló hasta el fondo del alma fue la encantadora sonrisa de la Santísima Virgen”. Y termina su relato así: “En aquel momento, todas mis penas se disiparon” (Historia de un Alma [30rº]). Por lo cual, la devoción de Teresita a María no tiene límites.

La última oración de Teresita, 8 de septiembre de 1897, es esta: “¡Oh María!, si yo fuera la reina del cielo y que tú fueras Teresita, yo quisiera ser Teresita para que tú fueras la Reina del Cielo”.

El amor a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra, constituye nuestro timbre de orgullo. La gran enseñanza de nuestros grandes místicos.



SERVICIO TEJIDO EN LAS ENTRAÑAS

Hna. Ana María de la Eucaristía, OCD
Monasterio de la Santísima Trinidad, Cali



En el corazón del mes de julio, la Iglesia y sobre todo nosotros, Hermanos Descalzos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, **celebramos la Solemnidad de Nuestra Reina y Hermosura**, que nos convoca a los de cerca y a los de lejos a cantar sus misericordias.

Tener la osadía de llamarnos sus hermanos y llevar su vestido, el Santo Escapulario, nos obliga a parecernos a Ella, porque "si decimos que estamos en comunión y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad" (1 Jn 1,6).

En realidad, **pertenecemos a una familia que nos sobrecoge por la grandeza de la santidad en ella vivida** y que nos invita a hacer parte de esa sinfonía nunca acabada, una sinfonía en la que cada uno es invitado a escribir los acordes de su propia historia, continuando el legado de *"aquellos santos padres nuestros pasados que en tan gran soledad y con tanto desprecio del mundo buscaban este tesoro, esta preciosa margarita"* (5 M 1, 2) y supieron hallarla de la mano de la Señora del Lugar.

Dios formó con incomparable delicadeza el alma de la Virgen, cuidó cada detalle de sus ojos y su voz; puso en sus manos la fuerza de las matriarcas de Israel, aquellas que gestaron la vida de un pueblo y, al mismo tiempo, la ternura que desborda de las entrañas de Dios mismo; ternura que se había diluido en la intrincada maraña de la Ley y los ritos.

Y aquella mañana, cuando el Ángel la saludó, llamándola "llena de gracia", el Poderoso de Israel le confió a esta chiquilla su gran secreto y Ella comprendió que este don incomparable tenía que hacerse servicio.

El Espíritu tejó en las entrañas de la Virgen el cuerpo de Dios. Por Ella, el Don se hizo don para todos. Ella sintió cómo era invadida, cómo la vida de Él se tejía con la suya y cómo Ella misma, al darlo a luz, tan pequeño, tan frágil, se entregaba a la misión salvífica que Él iniciaba.

La tradición de nuestra Orden cuenta que la Santísima Virgen, con el Niño y José, visitaban a los carmelitas y los instruían: "Por ello vos honras tantas, Señora, al Carmelo hicisteis que, viviendo, le asististeis mil veces con vuestras plantas; con vuestras pláticas santas doblaste su antiguo cielo".

Y, definitivamente, tuvo que ser así y lo es también hoy; no porque materialmente haya visitado el Monte Carmelo, sino porque ser llamados a esta sagrada Orden es ser invitados a *"vivir en obsequio de Jesucristo, sirviéndole con corazón puro y recta consciencia"* (Regla de San Alberto). Es renovar nuestro compromiso de fidelidad, contraído en la consagración bautismal. Y **María, nuestra Madre, nos enseña cómo debemos servir a Aquel que "vino no a ser servido, sino a servir" (Mc 10,45).**



Avanzando en la historia descubrimos que “a San Simón, general, el Escapulario disteis; insignia que nos pusisteis de hijos como señal”.



En la antigüedad, **el Escapulario era una prenda usada en el servicio, en los trabajos humildes**. Un delantal que aún hoy, en ocasiones, conserva esa forma. Y no deja de sorprendernos, aunque no debería, que esta sea precisamente la prenda que elija la Santísima Virgen.

Tal vez habrá optado por ella porque su respuesta de aquella mañana, *“he aquí la esclava del Señor”* (Lc 1,38), fue la verdad de toda su existencia: una vida entregada, gastada en servicio de su Hijo y de José y después de los amigos de su Hijo, hasta recibirlos por hijos suyos y fortalecerlos en los momentos difíciles para que también ellos fueran cubiertos con la sombra del Espíritu y *“se realice en sus almas como una encarnación del Verbo”*, para que fueran y seamos para Él *“una humanidad suplementaria donde se renueve todo su Misterio”* (Santa Isabel de la Trinidad, Elevación). De manera que el Misterio, tejido en sus entrañas virginales, sea también vida gestada y donada en nuestras pequeñas historias.

Si durante la vida de Jesús “solo tocar la orla de su manto devolvía la salud” (Mt 14,36), **tiene que ser para nosotros causa de inmensa gratitud que la Hermosura del Carmelo, no solo nos permita tocar; sino que, además, nos revista con su mismo traje, invitándonos a vivir como Ella en un “hágase” constante, en un amor oblativo que continúe anunciando al Dios que “nunca se cansa de dar ni se pueden agotar sus misericordias” (Vida 19,15).**

Por ello tendríamos que tomar en serio las palabras de San Alfonso María de Ligorio: “Así como los hombres se enorgullecen de que otros usen su uniforme, así Nuestra Señora Madre María está satisfecha cuando sus servidores usan su escapulario como prueba de que se han dedicado a su servicio y son miembros de la familia de la Madre de Dios”.



Y “tomando una santa presunción, con el favor de Dios, de ser nosotros como Ella” (Fundaciones 29,33), gastemos nuestra vida “haciendo eso poquito que es en nosotros” (Camino 1,2), “que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen; y como hagamos lo que pudiéremos, hará Su Majestad que vayamos pudiendo cada día más y más” (7 Moradas 4,15) y María, sabiendo de su pequeñez y la nuestra, se sienta orgullosa de sus hermanos.



Déjame mirarte, María

Gloria Patricia Novoa Quintero, laica carmelita, Bogotá

Mirjana Dragicevic es una de las seis videntes de Medjugorje. Tenía 16 años cuando comienza el fenómeno. Hoy tiene 56 años, está casada y tiene dos hijas.

Me conmueven mucho sus palabras en una de sus entrevistas, en la que habla del amor por sus hijas: “De mis hijas sí que hablé, dice... lo hice para poder explicarle a la gente lo que siento cuando veo a la Virgen María. Porque en la tierra no existe amor más grande que el que sientes hacia tus hijos. Pero cuando yo estoy con la Gospa, de verdad, mis hijas no existen; solo el deseo de que la Virgen me lleve con Ella. Al explicar aquello, la gente podía intentar comprender el dolor que siento cuando la Virgen se va. Solo la oración me ayuda a ello. Siempre después de la aparición me quedo en oración una, dos, tres horas... lo que necesite, y a través de la oración cojo de nuevo fuerzas, pero normalmente necesito uno o dos días para recuperarme del todo”.

Qué palabras tan profundas; tal vez desconcertantes: un amor que hace olvidar los amores más grandes, los amores mejores.

Es verdad que en la vida cristiana y en el camino espiritual me han enseñado a no ambicionar fenómenos extraordinarios y, sin embargo, cómo pasar indiferente ante esos hechos hermosos. La Virgen está presente; también para Ella su delicia

es estar con los hijos de los hombres: una, dos, tres horas en oración; uno o dos días para recuperarse de su ausencia.

Y pensando en mí y pensando en Ella, solo puedo decirle: **Déjame mirarte, María;** déjame mirarte en el Anuncio, en esa bendita hora cuando Gabriel bajó a la humilde doncella. ¡Tenía solo 14 años!



Déjame mirarte arrobada en oración, en oración perfecta, porque entonces Dios deseó descender sobre esta tierra y entre millones de mujeres te escogió; en tu vientre colocó al Hijo de su misma sustancia y allí en este Vaso Santo se desarrollaría el Niño y vendría como nosotros en carne y sangre.

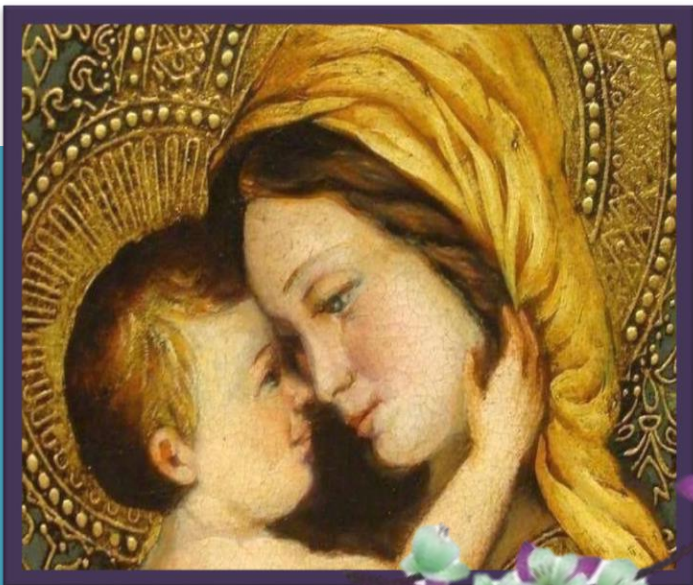
¡Qué bondad la de Dios! Con gran amor el Padre celestial debió haber planeado este llamamiento; estaba ansioso de su plan de salvación y necesitaba la más bella, la más perfecta, la más humilde, la más fuerte. Te necesitaba a Ti, María, su dulce esclava.

Déjame mirarte en la visita a Isabel, recorriendo sola montañas, colinas y valles; guardando en tu corazón el secreto y la esperanza. La creación goza contigo, las montañas saltan de alegría, los árboles se inclinan en homenaje; eres el Santuario que lleva al Redentor.

En anticipación a ese día, toda la naturaleza pudo haber compartido este gozo secreto, mientras que nosotros los seres humanos permanecemos en nuestra soberbia, usualmente ciegos ante los acontecimientos divinos.

Si tú le llevas, también mi corazón debe saltar de dicha en mis entrañas cada día cuando me visitas. María, “¿quién soy yo, para que venga a visitarme la madre de mi Señor?”.

Déjame mirarte en Belén, en esa noche oscura, en la pequeña cueva. Déjame verte dar a luz en medio de las tinieblas, porque la noche da origen a las cosas más grandiosas y la luz brilla más en la oscuridad. Con reverencia y de rodillas lo adoras maravillada, pero también lo estrechas entre tus brazos, lo amamantas y lo llenas de amor de madre.



Déjame mirarte en el Templo, en la Presentación del Niño, llevando la ofrenda de los más pobres: solo dos tórtolas. Todavía no tienes que entregar para siempre a tu Hijo, todavía no es hora de la ofrenda mayor. Las noticias con que Simeón te saluda significan tanto alegría como sufrimiento; la espada empieza a traspasar tu corazón, pero alegre vuelves a tu hogar con tu querido Jesús.

Déjame mirarte, María, porque conociste todo de Él. Treinta años viviendo con el niño, con el joven, con el hombre; yo también quiero conocer los momentos secretos del Salvador. Se te perderá un día en el Templo y Él mismo te recordará que tiene que estar en las cosas de Su Padre y desde ese momento se empezará a ir. Fue la primera pérdida, tú primer gran dolor y vendrán más, porque, un día cuando menos lo esperes, lo verás en la cruz.

Déjame mirarte, Madre, de pie ante esa cruz y mientras huyen los varones, Tú permaneces erguida, contemplando Sus heridas, esperando la redención. Ya no eres la más pobre, eres la más rica, la llena de gracia; has ofrecido al mundo al Cordero mayor.

¡Déjame mirarte cada día de mi vida, no permitas que jamás me aparte de Ti; yo quiero estar grabada en tus pupilas y también en tu corazón!



El paso de María por mi vida

Mónica Fernanda Cardona de Santa Teresa de Jesús, OCDS Cali

Dice Santa Teresa: “Aquí se hace devota de la Reina del Cielo para que interceda” (Vida 19,6).

Por eso, **cómo comenzar hablar de Ti, Madre, de todo lo que representas en mi vida. Cómo describir en tan corto espacio lo grande y maravilloso que es tenerte en mi corazón, porque contigo lo tengo todo.**

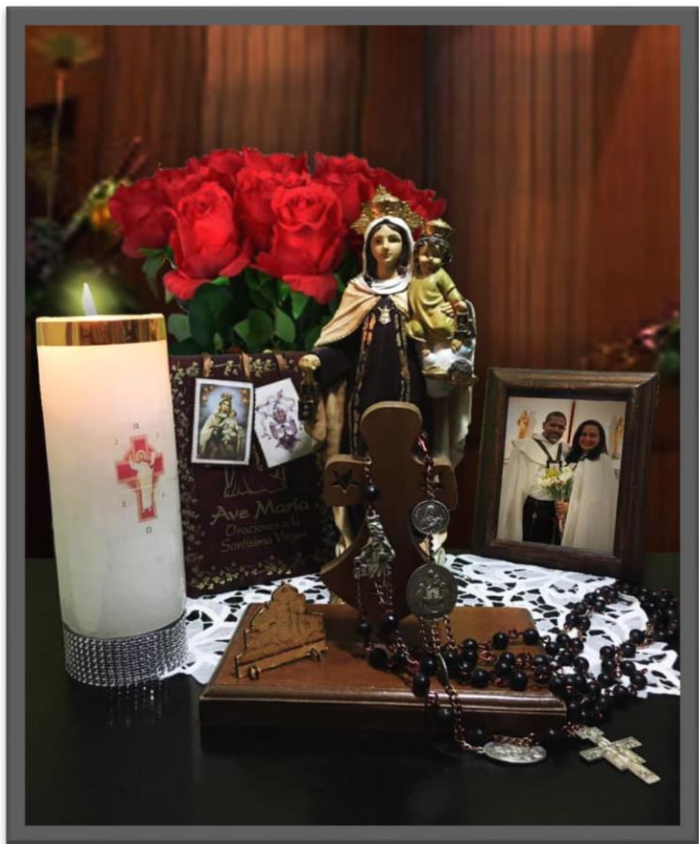
Recuerdo que, hace ya algunos años, una persona muy orante me pregunta: “¿Quieres conocer a Jesús?”. Mi respuesta fue: “¡Sí!”. Yo tenía sed de Dios y estaba en la búsqueda de conocerle y de sentirme más cercana a Él.

Ese mismo día, aquella persona me dice: “Amiga mía, te tengo una gran noticia: para aprender a conocer a Jesús debes primero aprender a conocer a su Madre”. ¡Cuál sería mi sorpresa al escuchar aquellas palabras! Quizá, como a algunos de ustedes, **sabía de la existencia de la Virgen María por ser la Madre del Hijo de Dios, pero no sabía realmente quién era Ella.** Por eso, en ese mismo instante quedó sembrada en mí la duda. Realmente quería saber y conocer quién era y qué la hacía tan especial. **Así comienza mi historia con la Virgen María.**

Al llegar al Carmelo Descalzo nunca imaginé que quien me iba a recibir con los brazos abiertos y esperaba por mí era Ella, Nuestra Señora del Monte Carmelo, nuestra Estrella del mar; la más bella flor del jardín florido; una Señora vestida de Sol, una Madre llena de amor, que al verla en su magnitud y grandeza me hizo sentir que había llegado a mi hogar.

Como buena Madre siempre estaba a la espera de mi encuentro; es cuando decido entregarme a Ella y consagrarle mi vida.





La Virgen me toma de su mano y, aún llena de miedos, dudas, incertidumbres y con mi vida vuelta un caos, me recibe, me lleva de su mano y me presenta a mi Jesús. Todo lo empiezan a hacer de nuevo en mí; comienza mi proceso y mi abandono.

Es con María que aprendo a llegar a Jesús a través de mis oraciones; a honrar Su presencia, a guardar silencio y a meditar Su palabra; a esperar confiada, a creer en Sus promesas, a recibir con amor y humildad lo que pudiera acontecer en mi vida, pero nunca sin perder la fe.

Hoy puedo decir que tomo a María como mi gran fortaleza; un ejemplo para ser mejor madre, esposa, hija, hermana y amiga.

La fe de mi Madre es la que me mueve siempre a ser mejor persona; a no perder nunca la confianza en Dios porque, a pesar de las tribulaciones, siempre es Él quien permanece real y verdadero en nuestras vidas.

Por eso tomé una decisión de vida y entregué mi servicio y mi amor al Señor, llevando una vida consagrada desde hace siete años en la Orden Seglar de Carmelitas Descalzos, porque proclamar mi “Fiat” es recordar con San Lucas 1, 24-38 como Ella, siendo tan pequeña y llena de dudas, sin desconfiar ni un segundo, decide entregarse en las manos de nuestro Dios para ser la Madre de Su Hijo. Es por eso que **hoy me entrego del todo a Ella y me hago una hija de su entera parentencia.**



Gracias a la Virgen María he aprendido a vivir en una comunidad llena de fraternidad y amor, en la que reina siempre el servicio, la entrega y la oración; donde vivo siempre en obsequio de Jesucristo; donde he aprendido a ocuparme de las cosas de mi Señor, porque sé que Él siempre se ocupa de las mías, y donde hoy puedo decir con total seguridad que ha sido María la mujer que cambió mi vida.

A la Virgen María, le dije: “¡Sí!”. Tú, ¿qué le dirías?



“Yo ya vi a la Virgencita”

Olga Lucía Criollo Díaz, OCDS Cali



Desde hacía algunas semanas la mente de mamá se venía durmiendo. Era evidente que su cuerpo estaba cansado de luchar contra dos tipos de cáncer simultáneos. Sus días transcurrían en un doloroso silencio, que de noche daba paso a los quejidos y a veces a una alarmante fiebre.

Sin embargo, esa noche, de repente, habló: **“Yo ya vi a la Virgencita”**. Y, ante mi mirada atónita, incrédula, repitió, ahora con una sonrisa: “Sí, yo ya vi a la Virgencita”.

“¿Qué te dijo?”, preguntamos una y otra vez con mi hermana, pero el silencio volvió. Sin embargo, la sonrisa no se borró de su rostro... **Tres días después se produjo el paso al cielo de mi madre querida.**

Me han pedido que escriba sobre el paso de María por mi vida y he relatado esta íntima anécdota porque si bien para entonces mi devoción por mi Carmela preciosa, como llamo en confianza a la Reina y Hermosura del Carmelo, ya había germinado en mi corazón; **esa noche fui testigo de la absoluta fidelidad de la que es capaz nuestra Madre con sus hijos e hijas.**

Me explico: el amor de mi mamá por la Virgen había nacido cuando, siendo muy niña, su abuela Ignacia le enseñó a rezar el Santo Rosario. Lejos de volverse una letanía sin sentido, la camándula fue siempre inseparable compañía.

Nos contaba que en ella encontró alivio cuando, por ejemplo, siendo una inocente jovencita campesina, la trajeron a vivir a Cali y a trabajar en una casa de familia. También estuvo con ella el día de su matrimonio y en cada una de las afugias que debió enfrentar como mujer muy trabajadora, como esposa y como madre. Tenía claro, como intento estarlo yo ahora, que **estar con Dios y María no era sinónimo de permanente felicidad, sino de fe y esperanza.**



Por eso, **cuando enfermó recurrimos a la Virgen del Carmen**, cuya Novena se sabía al derecho y al revés, pues bien recuerdo que su Devocionario era su diario compañero a la hora de la siesta, para que intercediera ante el Padre por unos meses más al lado de su familia, como ella lo pidió. Pero luego, cuando el dolor fue insoportable, nos imploró a mi hermana y a mí que oráramos por su descanso eterno. Así lo hicimos cada noche, mientras ella apretaba el Santo Escapulario entre sus manos y suplicaba: “¡Ay, Madrecita del cielo...!”

Los designios de Dios son los designios de Dios, pero **hoy en día tengo la absoluta certeza de que con esa última sonrisa mi mami nos quiso decir que ya todo estaba bien, que ya su otra mamá había venido para llevarla de la mano al lado del Creador**, donde ya no habría dolor, sufrimiento ni angustia, sino que todo sería alegría y plenitud.

Como si hiciera falta, pocos días después de su paso al cielo, mi sobrino, un jovencito que cree estar distante del amor de Dios, se lo confirmaría a su abuelo: “No llores. Angélica está bien. Anoche soñé que íbamos de viaje y ella se bajó del carro en un lugar muy bonito y se fue feliz con unas señoras vestidas de blanco que la abrazaron y se la llevaron”.

Entre ellas debió estar su abuelita Ignacia y otras santas que mi ángel conoció en este mundo; pero sin duda ese “Comando Celestial” estaba encabezado por la Virgencita, su paño de lágrimas en la tierra y su puerta de entrada a la eternidad. Estoy tan segura de eso como que, desde allá, una y otra siguen intercediendo por nuestra santidad. ¡Te amo hasta el cielo, mami!, ¡Te amo, mi Carmela preciosa!





EXPERIENCIA MARIANA EN LOS SANTOS DEL CARMELO

Luis Alonso Velasco Roldán, laico carmelita, Cali



Una de las características de la espiritualidad del Carmelo Descalzo es la presencia de la Virgen María, la comunión con su persona, la imitación de sus virtudes. Claramente, en el título de la Orden se encuentra su identidad en la Iglesia como Orden vinculada a María hasta afirmar que **El Carmelo es “todo de María”**.

En este breve artículo, titulado “Experiencia Mariana en los Santos del Carmelo”, **encontraremos algunas de sus experiencias con María, lo que escribieron y lo que enseñaron sobre Ella. Cómo Nuestra Señora marcó sus vidas, ayudándoles siempre a acercarse a Nuestro Señor Jesucristo.**

Se podría decir que en su infancia o adolescencia primero se sintieron amados profundamente por la Virgen María, experimentando que, gracias a su protección, les salvaba su vida, no solo físicamente, sino también espiritualmente.

Antes de su ingreso a la Orden del Carmen han experimentado en su vida la solicitud maternal de María, tal como se lo había pedido Jesús en el Calvario. Por ello, no solo se han conformado en tener devoción y gratitud personal a la Virgen María, sino que han acogido la llamada de Jesús a vivir en la Orden de María.

Y ya en la Orden, dóciles a la acción del Espíritu Santo, han dejado que Jesús ame en ellos a su Madre. Y con María, en ellos, han amado a Jesús; se han hecho sus discípulos y han contribuido a través de la oración o de la acción apostólica en hacer fecunda Su obra evangelizadora.

San Juan de la Cruz. Muchos de sus biógrafos mencionan su gran amor y devoción a María. Algunos cuentan cómo, en múltiples ocasiones, Ella intervino de una manera extraordinaria para guardar al Santo de una muerte casi segura. Cuando era niño, la Virgen le salvó la vida al caer en un estanque, en Fontiveros. Luego, a los 12 años, después de caer en un pozo profundo, fue rescatado nuevamente después de rezarle a María.

De la vida mariológica escribió San Juan de la Cruz: María, ... *“La cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo”* (3S 2,10). *María fue aliento de su “Subida”, luna llena de su “Noche oscura”, melodías de su “Cántico”, ardor de su “Llama”.* **En la peregrinación de fray Juan por la tierra no pudo haber más bello itinerario: De mujer a Mujer, de madre a Madre, de virgen a Virgen, de hermana a Hermana, de señora a Señora. De María a Dios. Y el gozo final fue la posesión de tal prenda, que colmó de gloria su corazón de hombre; “¡Y la Madre de Dios es mía, porque Cristo es mío! ¡Y todo es para mí!”** (Oración del alma enamorada).



Isabel de la Trinidad. Durante su tiempo en el Carmelo, **Isabel se esforzó por confirmar su llamado y elección por una total dependencia a su Madre celestial.** Parece que a ella también le gustaría que siguiéramos este ejemplo, porque en una carta a su hermana Guita, escribe: “... Hoy te di... a la Santísima Virgen. ¡Oh, nunca la he amado tanto! Lloro de alegría cuando pienso que esta Criatura totalmente serena, totalmente luminosa es mi Madre y me deleito en su belleza como una niña que ama a su madre: me siento fuertemente atraída por ella. La convertí en Reina y Guardiana de mi cielo y del tuyo, porque hago todo por las dos...” (Cerca del Santuario No. 75).

Aunque el misterio de la Trinidad era su meditación constante, durante el silencio de una noche de insomnio, Santa Isabel escuchó en su alma un dulce reproche de la Virgen: que se olvidaba de pensar en ella... Isabel reconoció esta corrección como precisa, diciendo humildemente: "Es verdad". A partir de este momento, y durante su última enfermedad, **Isabel se refirió a María como Puerta del Cielo** y fue vista a menudo en presencia de la imagen de la Virgen de Lourdes. Posteriormente, llevó esta imagen con ella casi continuamente, incluso cuando estaba ausente de la enfermería. “...Es Nuestra Señora, llena de luz, pura con la pureza divina, quien me tomará de la mano para llevarme al cielo, ese reino de deslumbrante brillo...” (Del Calvario al Cielo #221).



Santa Teresa de los Andes. Ella confesará: «**Desde chica amé mucho a la Santísima Virgen, a quien confiaba todos mis asuntos.** Con sólo Ella me desahogaba y jamás dejaba ninguna pena ni alegría sin confiársela. Ella correspondió a ese cariño. Me protegía, y escuchaba lo que le pedía siempre. Ella me enseñó a amar a Nuestro Señor. Ella puso en mi alma el germen de la vocación» (carta 73).

Correspondiendo a la gracia de la vocación de Carmelita Descalza, comprenderá la función corredentora de la Virgen y animará a otras a vivirla: «*Ten siempre como modelo a la Santísima Virgen y pídele te asemeje, pues Ella siempre permaneció en silencio unida a su Dios y se consumió en el amor y en el sacrificio por sus hijos pecadores. Su vida se resume en dos palabras, que son las de una carmelita: sufrió y amó. [...] ¡Qué hermosa es nuestra vocación, querida hermanita! Somos redentoras de almas en unión con nuestro Salvador. Somos las hostias donde Jesús mora. En ellas vive, ora y sufre por el mundo pecador. ¿No fue esta la vida de la más perfecta de las criaturas, la Santísima Virgen? Ella llevó al Verbo en el silencio. Ella siempre oró y sufrió*» (carta 130, a Graciela Montes).

San Rafael Kalinowski nos recuerda que los carmelitas fueron los primeros en construir una capilla para María en el Monte Carmelo, siguiendo en la tradición de su padre Elías. Los carmelitas son por lo tanto (en esta línea de pensamiento) los "primogénitos de María".

Él señala que la Santísima Virgen ayudó a la Iglesia en Polonia. También hace notar que la Iglesia fue capaz de resistir ataques en tiempos de guerra y la razón de esto es simple: “...a María, durante su vida terrena, se le dio la tarea de vigilar y proteger al Niño Jesús y la Iglesia infantil...”

Finalmente, como si también hablara a los hombres y mujeres de hoy, el padre Rafael señala: “*¿Por qué no deberíamos, en nuestros tiempos, también recibir ayuda del cielo si invocamos fielmente a María en la gloria de su Divina Maternidad? ...*” (Conferencia a los Frailes Carmelitas, Wadowice, 1906).

Como se puede ver, hay una gran experiencia de los santos del Carmelo con la Virgen María. Ella, como Señora que es del Carmelo, alcanza de sus hijos, en los diversos períodos históricos, enriquecimientos del carisma del Carmelo, para que este conceda respuesta a las necesidades que pueda tener la Iglesia y la obra redentora de Cristo.



Sabía usted que...

1. El título oficial de la Orden es el de “Orden de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo”.

2. El marianismo es una de los rasgos esenciales del carisma del Carmelo. Su raíz está en que los primeros carmelitas dedicaron la primitiva capilla a la Virgen María. Esto condicionará toda su historia y espiritualidad.

3. Se establecieron lazos de vasallaje espiritual, en los que tanto los primeros carmelitas y todo lo suyo pertenecía a la Virgen María, como dueña del lugar y de sus moradores. A su vez, ellos se ponían a su total servicio y se comprometían a honrarla, confiando en que Ella los protegería como a cosa suya y se preocuparía vivamente de sus intereses.

4. La vida del carmelita es una vida de donación total a María y por Ella a Jesús.

5. La Liturgia y la legislación de la Orden del Carmen a lo largo de los siglos se llenarán de preceptos y prácticas para avivar la devoción a la Virgen María, hasta convertirla en el fin principal de su existencia.

6. La Santísima Virgen María ha sido invocada por los carmelitas como Patrona, Madre, Hermana, Reina, Virgen Purísima y Madre del Escapulario.

7. Uno de los signos de la tradición de la Iglesia, desde hace siglos, es el Escapulario de la Virgen del Carmen. Signo aprobado por la Iglesia y aceptado por la Orden del Carmen como manifestación externa de amor a María, de confianza filial en Ella y como compromiso de imitar su vida y sus virtudes; al mismo tiempo que se vive de acuerdo con las enseñanzas del Evangelio.

8. Con el tiempo, al Escapulario se le fue dando un sentido simbólico: el de llevar la cruz de cada día, como discípulos y seguidores de Jesús.

9. En el Carmelo existe la tradición de elegir y honrar a la Virgen María como priora de la comunidad, como expresión del patronazgo de la Virgen sobre la Orden. Ya el insigne carmelita A. Bostio (1499) dice que “María se demuestra en toda ocasión y en todo tiempo tan íntimamente unida a los hechos de la Orden que le cuadra maravillosamente el nombre de Superiora del Carmelo. La Orden descansa en sus manos. Ella se preocupa de cada uno de sus miembros como de las pupilas de sus ojos”.

Bibliografía:

-www.carmeloteresajuan.wordpress.com/2017/12/02/la-orden-del-carmen-y-la-virgen-maria/

-Rafael M^a L. Melús, *Espiritualidad Carmelitana*, Madrid: Ed. Carmelitanas 1968, 259.



ORDEN SEGLAR DE CARMELITAS DESCALZOS
PROVINCIA SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS DE COLOMBIA – ZONA SUR
JULIO 2021



Correo electrónico: karmelocdszonasur@gmail.com

Contacto: (+57) 3172546790